

EL JUBILO NAVIDEÑO



La lotería de Navidad es una especie de antelata del júbilo, el prólogo de una serie de acontecimientos rituales que ensanchan el ánimo y que, durante un breve periodo de tiempo, tornan más íntima y veraz nuestra existencia. Se hace visible y multitudinaria, de un cabo a otro del mundo cristiano occidental, la realidad de un hecho trascendente de signo espiritual, el nacimiento de Cristo. Mucha fuerza, una fuerza incoercible, debe tener este remoto acontecimiento para que encienda de fulgores las ciudades, se manifieste en el rostro de las gentes e iguale, en un solo clamor y en una sola e íntima reverencia, a la muchedumbre humana en los lugares más distantes y aun en los modos de vida más antagónicos. Esta explosión de júbilo personal y familiar no es una mera evocación aniversaria, sino que, de hecho, es revivir el acontecimiento que da estilo y cifra a nuestra Era, comenzada con la atónita genuflexión de unos pastores y con la aparición de una estrella en el cielo.

Celebrar la Navidad es, en principio, empequeñecerse, asombrarse y doblegarse a unos hechos que la tradición y los Libros Santos atestiguan como verdad histórica inexpugnable y que no acertamos a explicarnos más que como un portento a la vez humano y sobrehumano. La estrella de la Navidad es una estrella de humildad y de indigencia. Los parajes históricos están perdidos en el rincón de un mapa hoy convertido por infinidad de problemas de dispersión y ensanchamiento. Pero ellos permanecen invocados, en una simple y entrañable dimensión humana. Son, en su escenario, tan sencillos que han llegado al corazón de todos los hombres de buena voluntad. La alegría de la Navidad está en que sus incidencias llegan, por sí mismas, a inundar de virtud la conciencia humana. Y de ahí la expansión natural y extraordinaria de las sencillas imágenes navideñas. He aquí por qué el mundo entero se transforma en un belén y el ánimo de los hombres de toda condición se puebla de pequeñas figuras de barro.

Al margen de ese sentido íntimo y peculiar de la Navidad en el interior de cada uno, o al lado suyo, está la manifestación de alegría que ilumina las calles de las ciudades, enciende el candil más ardiente y chisporroteante en los despoblados y hace brillar, en el interior doméstico, el tornasol de las estrellas plateadas. El festejo íntimo se transforma en un alarde colectivo de luz y de vida, en una ansia de acercamiento a los demás, en el espíritu que fue emblema de aquella misteriosa circunstancia: «Paz en la tierra...».

La Navidad es un signo de paz. Con esta palabra, alrededor de la cual se marca precisamente la inquietud de nuestra época, se anunció la maravilla a los corazones más sencillos de la tierra. Paz en la tierra a los hombres... El signo de la paz confluye, desde todos los continentes, en la gran tregua navideña. Y en el lapso espiritual, de acercamiento humano, de tributo familiar, que la Navidad abre, se implícita la grave serenidad del universo, la presencia de unas realidades superiores, de unos designios de bondad, de un destino de redención, sobre la dolida y atormentada muchedumbre de las generaciones.

Cada tierra y cada región del mundo pone su matiz peculiar en la asombrosa celebración. Los emisarios de esa paz, en la transposición folklórica y terrenal, pueden ser Santa Klaus o los ángeles o los Reyes Magos o el pastor barbudo y frágil de la leyenda. Las canciones y los motetes son también distintos. Cada recodo del mundo tiene su eco y su resonancia peculiar. Pero la voz de la Navidad es la voz de los niños, y su melodía es lineal, con un trazo dulzón pero perenne. En los países forestales, el símbolo de la Navidad es un árbol, del que cuelgan multitud de obsequios y regalos; un árbol sin viento y sin tormenta, en el que se simulan cuajarones de nieve y, sobre el cual, alumbran estrellas rutilantes. Debía de haber un árbol en Belén, uno de aquellos sicómoros gigantes en el que la voz anunciadora del ángel pudiera quedar escenificada y lograr resonancias persuasivas. Los abetos, los pequeños abetos que se introducen en el hogar, en la mayoría de los países en los que se perpetúa la conmemoración, tiene también la resonancia de esa voz de ángel, el ángel que borraba las turbulencias y personificaba los augurios de una paz, en el instante en que volvía a amanecer el tiempo.

En nuestro país, la simbología es más barroca y figurativa. Cada uno de no-

stratos ha contribuido a rehacer su belén. Amamos la imagen directa, con sus quebradas y sus accesos, sus caminos y sus raudales, por los que transita una multitud de humanidad todavía desprevenida e incauta, mientras en el portal acaba de acontecer el prodigioso alumbramiento y mientras en un lugar apartado los pastores quedan pasmados y arrebatados por la inesperada y celestial noticia. Amamos la realidad del asnillo y del buey, y el nocturno pescador con caña junto al remanso de papel de plata, y la vieja hilandera que aprieta su huso artesano y antiguo a la puerta de su casosa, pese al frío inclemente del diciembre nevado. La versión española de la Navidad que tenemos ante los ojos hace que nuestra canción —la canción de los niños— valore y se encariñe a unos seres concretos, a unas figuras determinadas, sin abstracciones humanitarias de signo demasiado diverso y general. No importa; en cada una de aquellas figuras, nuestros niños personifican a toda la humanidad. Y la docena de borregos que pacen en las esquirlas, llenas de musgo, de un pedazo de corcho, balan en el ánimo de los pequeños por todos los seres dolientes y desamparados que hay en el mundo. Y la falsa agua de papel de azogue, de los estanques en los riscos, siembra con el frío de nuestra carne y de nuestra condición terrenal.

participación en la lotería

La cuestión de la lotería está llegando a su punto de agobio y de asedio que culminará en la completa y previa bancarrota financiera de los premios millonarios del día 22 de diciembre. Esta es la gran fábrica de sueños española, la creadora de los fabulosos mitos de la opulencia en la mente del ciudadano medio, del hombre de la calle. Ahora empieza a asediarnos la lotería desde todos lados, en forma de pequeños boletos y participaciones que vienen a ofrecernos, desde hace semanas, las gentes más diversas y desconocidas y que nosotros aceptamos con un punto de resignación caritativa, pero también con una singular e inconfesada vertiente de cicatería calculadora. La mayoría de estos boletos son estratagemas de entidades benéficas para el acopio de un suplemento de los fondos caritativos. La mayoría de ellos llevan una sobrecarga modesta, pero clarísima, que es aquella parte del premio que no nos va a tocar, pero que damos gustosos por creer que, un porcentaje de buena acción, puede mover a la Providencia o elegir, entre todas las cifras posibles, precisamente aquella en que el cálculo y la benemérita intención van tan íntimamente trabados.

Por todas partes nos llegan papeletos. Nos los ofrecen el vigilante, el guardacoches, el limpiabotas, la hermana de la caridad, el peluquero y el reparador de telegramas. A pellizcos, vamos gastando pequeñas sumas en esa inversión multitudinaria y desordenada. Los pequeños paquetes de boletos, cuidadosamente separados unos de otros, van a parar a un sobre ya preparado, donde esperar el día de la fortuna, que es para ellos el de su juicio final. Son puñados de diez, quince boletos, o aún menos, lo que significa que, si alguno de los números solía premiado con el gordo, nos encontraríamos con cincuenta o sesenta mil duros en el haber, cifra ciertamente muy consoladora. Todos los años ocurre lo mismo. Al llegar el día y confrontar los resultados con nuestra lista de cifras, nos hallamos con que no existe ni el más remoto parentesco entre nuestros números y los que salen premiados, aun los del premio más insignificante y ruin. Pero, en cierto modo, hemos contribuido a esparcir la caridad y nos hemos prestado, a conciencia, al enorme juego de la rueda de la fortuna, que también vale lo suyo.

No es raro que esto nos ocurra a nosotros, cuando a otras gentes les ocurre todo lo contrario. La suerte no es una e igual para todos. Hay seres con suerte para la lotería. Determinado amigo no puede comprar una participación, en cualquier clase de sorteos, de tómbolas o de mojangas benéficas, sin que se vuelva a casa con el dinero o con el bibelo: de un premio. Tiene la casa llena de trofeos así cómodamente adquiridos. Si hay, pues, unos a quienes la suerte favorece de manera conspicua, a otros nos tiene que dar irremediamente la espada, ya que no se ha inventado todavía la manera de que los premios se puedan multiplicar o fraccionar en sí mismos o proliferar mágicamente.

Lo más singular de esta cuestión es, con todo, la esperanza que no perdemos de que las cosas puedan cambiar. Muchas veces meditamos sobre la mala racha que ha acompañado a los que ganan el gordo hasta el momento mismo de ganarlo. La leyenda cuenta ya con docenas de casos e historietas por las cuales el hombre a quien la desesperación hizo gastar los cien últimos duros de su peculio en una participación, logra verlo rehecho de un golpe por una indiscreción o por un soplo oportuno del rey Midas fabuloso trasagador de oro, sobre el combo del sorteo.

Aunque bien es verdad que, pasado el periodo de ensueño, la realidad es que nos quedamos tan tranquilos después del resultado.